

La pedagogía del moco

Autor: Alfredo Hoyuelos Planillo
Localización: Infancia: educar de 0 a 6 años,
ISSN 1130-6084, Nº. 143, 2014



Resumen

La manera como hablamos, tocamos o miramos a un niño forma parte del respeto y marca la diferencia de la calidad educativa. ¿Cómo se concreta ese respeto descrito en nuestros proyectos educativos en la vida cotidiana? A través de una acción sencilla se nos ofrece la posibilidad de reflexión sobre los gestos y actitudes del día a día que hacen visible nuestra coherencia o incoherencia pedagógica con el proyecto educativo.

Existen muchas formas de maltrato hacia los niños, muchas manifestaciones de desamor. Y muchas carencias y limitaciones en el cultivo de lo que bien podríamos llamar **pedagogía de la ternura**.

El amor genera la creatividad de los detalles. Para educar a los niños hace falta respetarlos y quererlos. Y de la simbiosis del respeto y del amor brotará el trato delicado, nacerá el cultivo de los detalles. La violencia, la rudeza, la falta de sensibilidad son la antítesis de la educación.

Invadir su espacio, entrar por la fuerza en su mundo, violentar su quietud o silenciar agresivamente su ruido, son formas de relación deseducativas. Por más que pensemos que es por su bien, por más que digamos que se trata de responder a sus necesidades, esa forma de intervenir quebranta el necesario respeto a su dignidad. Máxime si se tiene en cuenta que, a edades tempranas, se carece de respuesta a nuestras invasiones.

Alfredo Hoyuelos Planillo es maestro desde hace años y se doctoró con una tesis sobre el pedagogo italiano Loris Malaguzzi. Imparte clases en la Universidad Pública de Navarra y es un apasionado de la infancia. Sostiene con claridad y contundencia la **pedagogía de la ternura, del cuidado, del amor. No es niñería lo que defiende, es respeto**. No es sentimentalismo, es amor. No es blandenguería, es ética. No es mojigatería, es reconocimiento de la dignidad de los niños y de las niñas. La brutalidad no educa, endurece. Los malos modos solo enseñan malos modos.

El respeto y el amor al niño son, a su juicio, las claves de la intervención educativa. Pero el respeto y el amor se concretan en los detalles que la relación con el niño propician de forma constante.

Son los detalles, los pequeños gestos, la sensibilidad extremada lo que educa y hace crecer.

Alfredo Hoyuelos habla de la pedagogía del moco.

No hace mucho escribió, en la revista Infancia, un breve artículo titulado “Buenas ideas: la pedagogía del moco”. Cita en ese artículo el precioso libro “Educar en el asombro”, de Catherine L’Ecuyer. Y hace referencia a una interesante distinción entre rutinas y rituales en la escuela que la autora plantea en dicho libro. “La rutina, como una repetición monótona de actos mecánicos inconscientes, aburridos y sin

sentido, puede alienar a los niños, niñas y personas adultas. En cambio, el ritual es una rutina con sentido, humanizada y consciente".

Quitar los mocos puede ser una rutina, pero debería ser un acto con categoría de ritual. Efectivamente, se pueden limpiar los mocos a un niño de muchas maneras. Algunas de ellas no tienen en cuenta para nada que el niño es una persona que merece respeto. Se hace bruscamente, sin advertírselo siquiera, sin pedirle permiso. El se retira, llora y se rebela contra la agresión.

Otra forma muy distinta es aquella que tiene en cuenta al niño. No es una máquina sucia que hay que limpiar, es una persona frágil que necesita de ayuda. Hay que advertirle de lo que se quiere hacer, hay que pedirle permiso, ponerse a su altura, mirarle a los ojos, enseñarle el pañuelo, hay que recabar y regalar una sonrisa. Si lo hacemos bien, el niño acabará por ofrecernos su nariz para que le limpiemos los mocos y le dejemos respirar mejor, se dará cuenta de que quien está a su lado es una persona que le respeta y le quiere.

Ya sé que un elevado número de niños hace más difícil la **actuación reflexiva y amorosa**. Pero hay quien tiene tres o cinco niños y no tiene la menor delicadeza y hay quien tiene una clase numerosa y sabe poner el alma en el pañuelo. No es todo cuestión de número. Lo cual no quiere decir que dejemos de exigir unas condiciones razonables.

Quien habla de limpiar los mocos, habla de cambiar los pañales o de dar la comida. Hay muchas formas de hacer las cosas, como decíamos. Los niños no son objetos que se traen y se llevan. No son objetos que ni sienten ni padecen. Son personas necesitadas de ayuda y de afecto.

Hace ya muchos años leí un libro titulado "Yo te educo, tú me educas" en el que se describe y analiza situaciones cotidianas de un Colegio. En una de ellas se hace referencia al llanto de un niño de tres años que llora desconsoladamente en los baños porque no sabe limpiarse.

- ¿Qué te pasa amigo?
- No encuentro el papel.
- Toma, límpiate.
- No, no sé.
El hipo desaccompasa el llanto.
- Que venga mi mamá, que venga mi mamá.
Le limpio. Le visto. Le llevo a clase"

Glosó ese hecho en un texto, escrito a pie quebrado, que comienza así:

"¿Es esto también pedagogía? ¿Es esto, acaso, educación?.Los gestos minúsculos de cada día, las pequeñas acciones que traducen, de forma casi literal, las más grandes actitudes. Ese lenguaje de altísima connotación que son las diminutas formas de ayudar al otro".

Por ello, la escuela tiene que estar llena de rituales y no de rutinas.

*"Cada vez estoy más convencido de que la verdadera **calidad educativa** emerge en los pequeños gestos cotidianos que vivimos en la escuela y que, sobre todo, se expresa en un tipo de actitud del profesional, y en una forma de entender la relación de la persona adulta con cada niño, basada en el respeto, buen trato y en la mutua confianza".*
(Alfredo Hoyuelos)